El cuento de dos caseros codiciosos

Catte Black, con ilustraciones de JR Leach

Érase una vez, en una tierra lejana y en una época de abundancia, dos ricos y prósperos caseros que poseían cada uno grandes y espaciosos edificios contiguos en los que vivía mucha gente.



Los apartamentos eran cálidos y confortables y cada semana había un mercado en el que se traía el grano de las tierras del casero B y la fruta, la carne y las verduras de las del casero A. La leña de los bosques del casero B mantenía la reserva comunal de leña repleta de troncos curados.

Todos estaban contentos.

Los caseros eran amigos de un banquero.

El banquero era más rico que los dos caseros juntos y, de hecho, era dueño de sus casas y sus tierras y vigilaba cuidadosamente lo que hacían con ellas.



Y un día les invitó a una suntuosa cena en su casa y les dijo "las cosas podrían ir mejor".

"¿Cómo podrían ir mejor las cosas, amigo banquero?", preguntó el casero B, "hay comida en nuestros graneros y dinero en nuestras arcas, y todo el mundo está feliz".

"Vuestra gente paga demasiado poco por demasiados lujos. Esperan combustible para sus estufas y comida en sus mercados, y nunca os agradecen lo suficiente vuestra amabilidad".

Los dos terratenientes se miraron y se dieron cuenta de que aquello podía ser cierto, pues rara vez estaban en desacuerdo con el banquero.

"Sí", dijo el casero A, sacudiendo tristemente la cabeza, " nuestra gente son unos niños insensibles que nunca agradecen lo suficiente nuestra generosidad, pero, por desgracia, ¿qué podemos hacer?".

"Hay que enseñarles su lugar", dijo el banquero. "Tienen que pagar un precio adecuado por lo que les proporcionáis y aprender a ser agradecidos. Deberíais triplicar el precio de los alimentos de vuestras granjas y del combustible de la reserva comunal de leña".

Los dos caseros se miraron con aprensión. Eran codiciosos y les gustaba mucho como sonaba esto, pero también eran cobardes.

"Pero", dijo el casero B, "si lo hacemos, puede que se molesten y se nieguen a pagar o nos rompan las ventanas o los huesos y entonces estaremos peor, no mejor".

Esto era cierto. E hizo que los caseros sacudieran la cabeza con pesar.

Pero el banquero era más astuto que cualquiera de ellos. Se limitó a sonreír.

"Son niños", dijo, "y los niños necesitan historias para aprender las duras verdades de la vida. Así que les contaréis un cuento".

Los dos caseros le miraron, pero no entendieron.

"Les diréis que hay una nueva y terrible plaga que ha roto la Cadena de Suministro y que, en consecuencia, el combustible y los alimentos son tres veces más caros".

"Pero... pero no hay una nueva y terrible plaga", tartamudeó el casero A.

"Por supuesto que la hay", sonrió el banquero, "¿por qué si no iban a morirse centenares de personas?".

"Pero centenares de personas no se están muriendo", tartamudeó el casero B.

“Claro que sí", sonrió el banquero, "¿cómo no iban a hacerlo cuando hay una nueva y terrible plaga?".

Le miraron durante un largo rato antes de comprender gradualmente, y sus ceños perplejos se convirtieron en sonrisas.

"¡Por supuesto!", dijeron al unísono, "¿qué haríamos sin el banquero para guiarnos?".

Así que al día siguiente, en tono lúgubre, los dos caseros codiciosos anunciaron a sus respectivos inquilinos que había comenzado una nueva y terrible plaga y que mucha gente se estaba muriendo y que esta tragedia había roto la Cadena de Suministro y, en consecuencia, los alimentos y el combustible serían tres veces más caros.

La mayoría de los inquilinos creyeron esta mentira, porque confiaban en los caseros que siempre habían cuidado de ellos, y por eso pagaron de buen grado tres veces más por su comida y su combustible porque sabían que una nueva y terrible plaga lo había hecho inevitable.

El banquero compró a los dos caseros unos sombreros de oro por haber manejado las cosas tan bien.



Pasó un mes y algunos de los inquilinos de ambas casas empezaron a notar que, aunque había una nueva y terrible plaga que había roto la Cadena de Suministro, nadie que conocieran parecía estar muriendo de ella.

Esto les desconcertó. Y al cabo de un mes más, celebraron una reunión conjunta de los inquilinos de la Casa A y de la Casa B, en la que expusieron sus preocupaciones y acordaron enviar una delegación conjunta a los dos caseros para que indagaran el motivo.

Y así lo hicieron.

La delegación conjunta de inquilinos de la casa A y de la casa B se enfrentó a los caseros. Esto no había sucedido nunca.

"¿Cómo es posible que no muera ninguno de nosotros?", preguntó la delegación a los caseros. "¿Acaso la nueva y terrible plaga no ha matado a muchos centenares de personas, rompiendo así la Cadena de Suministro?"

"Y, ya que estamos en esto", añadió un delegado especialmente observador, "¿cómo es que ahora tenemos menos comida mientras vosotros parecéis tener nuevos sombreros de oro?".

"Sí", gritaron todos, "¿por qué pasamos hambre mientras vosotros tenéis nuevos sombreros de oro?". Los dos caseros se miraron consternados.

"Errr..." dijo el casero A.

"Ummm..." dijo el casero B.

"¡Buena pregunta!", dijo el casero A, " ¡volved mañana y os lo explicaremos todo!".

La delegación aceptó, pero murmuraron en voz baja mientras volvían a sus casas.

Los dos caseros se miraron y, al unísono, se dieron la vuelta y corrieron hacia donde el banquero estaba sentado soñando con el sufrimiento humano.

"¡Ya no funciona!", gritó el casero A.

"¡Están encima de nosotros!", gritó el casero B.

"¡Preguntaron por los sombreros de oro!", aulló el casero A.

"¡Cuando descubran que la plaga no es real nos lincharán!", gritaron los dos a la vez, antes de desplomarse en el suelo, con la cabeza entre las manos.

Pero el banquero sólo sonrió.

"Olvidáis que la gente son niños", dijo, "simplemente se han cansado de la historia y necesitan otra. Acercaos a ellos y decidles que la nueva y terrible plaga acaba de empeorar y que ahora matará a cualquiera que haga una pregunta, luego decidles que se vayan a casa y cierren las puertas, esto resolverá vuestro problema".

Los dos caseros parpadearon.

"Eso no tiene ningún sentido", dijo el casero A.

"Nunca se lo creerán", dijo el casero B.

"Sí, lo harán", dijo el banquero, "porque son niños y quieren historias, no sentido".

Así que, al día siguiente, los inquilinos del casero A y del casero B se encontraron con dos grandes carteles que decían, en grandes letras rojas y con el mismo texto…



¡ATENCIÓN!

La nueva y terrible plaga acaba de empeorar y ahora

es MORTAL para cualquiera que HAGA UNA PREGUNTA!!!

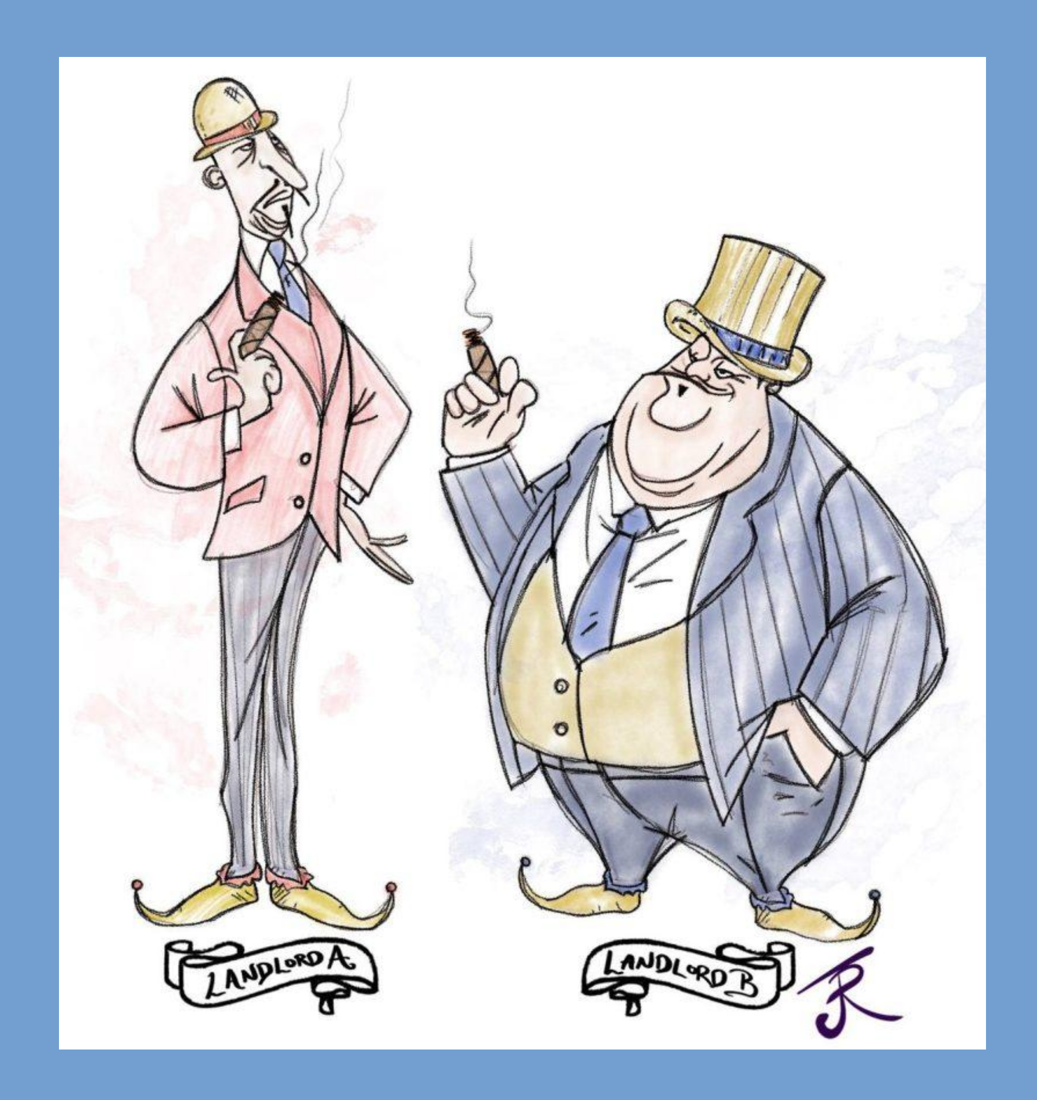
Volved a casa, cerrad las puertas

y no hagáis preguntas - ¡o moriréis todos!"

Esto creó un gran miedo y pánico entre los inquilinos, incluida la delegación conjunta que había estado a punto de enfrentarse a los caseros y exigir una respuesta a por qué tenían menos comida mientras los caseros tenían sombreros de oro nuevos. Aterrorizados, abandonaron este plan y corrieron a casa sin hacer preguntas por miedo a morir.

Los dos caseros codiciosos observaron desde sus ventanas cómo los inquilinos corrían despavoridos y suspiraron aliviados.

Luego se rieron juntos de la credulidad de sus inquilinos, se felicitaron por su astucia e hicieron otro banquete de celebración, y luego se compraron unos zapatos de oro.



Pasó otro mes, y los inquilinos empezaron a notar que la plaga, aún más nueva y terrible, no parecía hacer morir a la gente más que la anterior, incluso cuando abrían sus puertas y salían al exterior.

Así que un día el más valiente de ellos se atrevió a hacer una pregunta.

"¿Por qué la nueva y terrible plaga no está matando a ninguno de nosotros?", preguntó.

Todos le miraron en silencio, esperando que cayera muerto.

Pero no lo hizo. En cambio, volvió a hablar.

"¿Y por qué pasamos penurias cuando ellos tienen nuevos sombreros de oro y ahora también nuevos zapatos de oro?".

Los inquilinos se miraron un poco más. Perturbados y preocupados. Y entonces el preguntón volvió a hablar.

"Creo que nos están mintiendo", dijo. "Creo que se han inventado lo de la nueva y terrible plaga y la ruptura de la Cadena de Suministro para poder aumentar el precio de nuestros alimentos y del combustible y comprarse nuevos sombreros de oro y nuevos zapatos de oro".

Al principio, los demás inquilinos descartaron estas palabras como una locura y se rieron a coro del hombre.

Pero luego, primero uno, luego otro, dejaron de reírse y empezaron a pensar...

"Creo que tiene razón", dijo uno.

"Yo también", dijo otro.

"Yo también", dijo un tercero.

Y poco a poco empezaron a darse cuenta. Habían sido engañados.

Ni la nueva y terrible plaga, ni la más reciente y aún más terrible plaga que te mataba cuando hacías una pregunta, habían existido nunca.

Se armó un gran revuelo y un debate.

Algunos inquilinos dijeron que debían tener nuevos caseros que no los engañaran.

Otros se preguntaban por qué necesitaban a los caseros, ya que lo único que hacían era aceptar dinero y decir mentiras.

"Podemos ser nuestros propios caseros", fue el grito. "Podemos mantener nuestra propia pila de madera comunal, cultivar nuestros propios alimentos en las granjas. Podemos recuperar los sombreros de oro y los zapatos de oro comprados con NUESTRO dinero. Podemos ser libres".

El banquero pudo oír la creciente conmoción desde su ático, que cubría el último piso de los dos edificios contiguos, y convocó a los temblorosos y aterrorizados caseros hacia él.

"Parece que los inquilinos han descubierto nuestro plan y se han dado cuenta de que les hemos engañado", dijo.

"¡Van a matarnos!" Gritó el casero B.

"Se van a llevar todas nuestras cosas", gritó el casero A.

"Tenemos que pensar en algo", aulló el casero B, "antes de que vengan a matarnos y se lleven nuestros sombreros y zapatos de oro y dejen de hacer lo que les decimos".

Pero el banquero sólo sonrió.

"Podemos decirles que la nueva y terrible plaga se volvió aún más terrible", dijo el casero A, "y que deben ir a casa, cerrar sus puertas y no hacer preguntas o todos morirán definitivamente esta vez".

"No", dijo el banquero, "ahora son demasiado espabilados con la plaga y no os creerán".

"Podemos decirles que dispararemos a cualquiera que intente llevarse nuestros sombreros y zapatos de oro", dijo el casero A.

"No", dijo el banquero, "son demasiados y están demasiado enfadados".

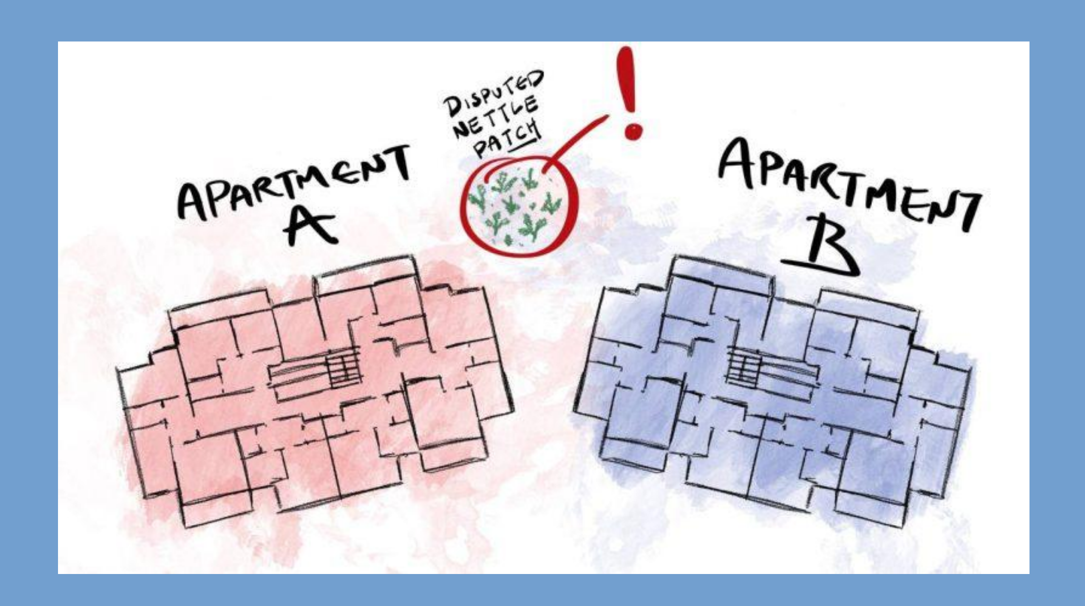
"¡Vienen a por nosotros!", gritó el casero B con gran pánico, "¡tenemos que hacer algo!".

El banquero sonrió un poco más.

Y entonces el banquero les dijo.

" ¿Os acordáis, caballeros, de vuestra vieja disputa de límites de hace años, cuando ambos reclamabais que el viejo campo de ortigas estaba en vuestro lado de la valla?"

"Sí, ¿pero de qué sirve eso ahora?", gritó el casero A con una agonía de temor.



Un poco más tarde, mientras los inquilinos protestaban y lanzaban piedras a las ventanas de los caseros, vieron cómo el casero B salía de repente al patio, pasando por delante de los furiosos inquilinos reunidos fuera, y ponía sus pies de oro en el disputado campo de ortigas y gritaba en voz alta: "¡Reclamo este campo de ortigas para el edificio B!".

Se hizo un silencio de sorpresa mientras los inquilinos de ambas casas lo miraban desconcertados.

Luego, de forma suave pero segura, los inquilinos del edificio B empezaron a animarse.

Entonces, el casero A, que le había seguido a una distancia prudencial, levantó el brazo y, señalando con el dedo en señal de acusación, proclamó: "¡El casero B se está saltando el orden basado en las normas y es un tirano!"

Y con la misma suavidad y seguridad los inquilinos del edificio A comenzaron a abuchear.

"Oh, no, no lo soy", dijo el casero B con su mejor voz.

"¡Oh, sí que lo eres!", gritó el casero A tan estridente como pudo.

Y se agitaron los puños el uno al otro mientras los ánimos y los abucheos se elevaban y aumentaban a su alrededor. Se lanzaron sombreros al aire. Los pies se estamparon en el suelo. Los inquilinos del edificio B se alegraron, los del edificio A se indignaron. Porque todos recordaron de repente que el Campo de Ortigas en disputa les pertenecía.

"Espera", gritó uno de los inquilinos, "¿qué hay de las mentiras que ambos nos contaron? ¿Y los precios triples y los sombreros y zapatos de oro?".

"Todo eso lo dijo el casero A, el sinvergüenza", dijo alguien del edificio B.

"Todo fue el casero B, el demonio", dijo alguien del edificio A.

Y entonces se dieron un puñetazo.

Y poco después los inquilinos de ambos edificios eran un nudo de rabia en el suelo, dándose puñetazos y patadas.

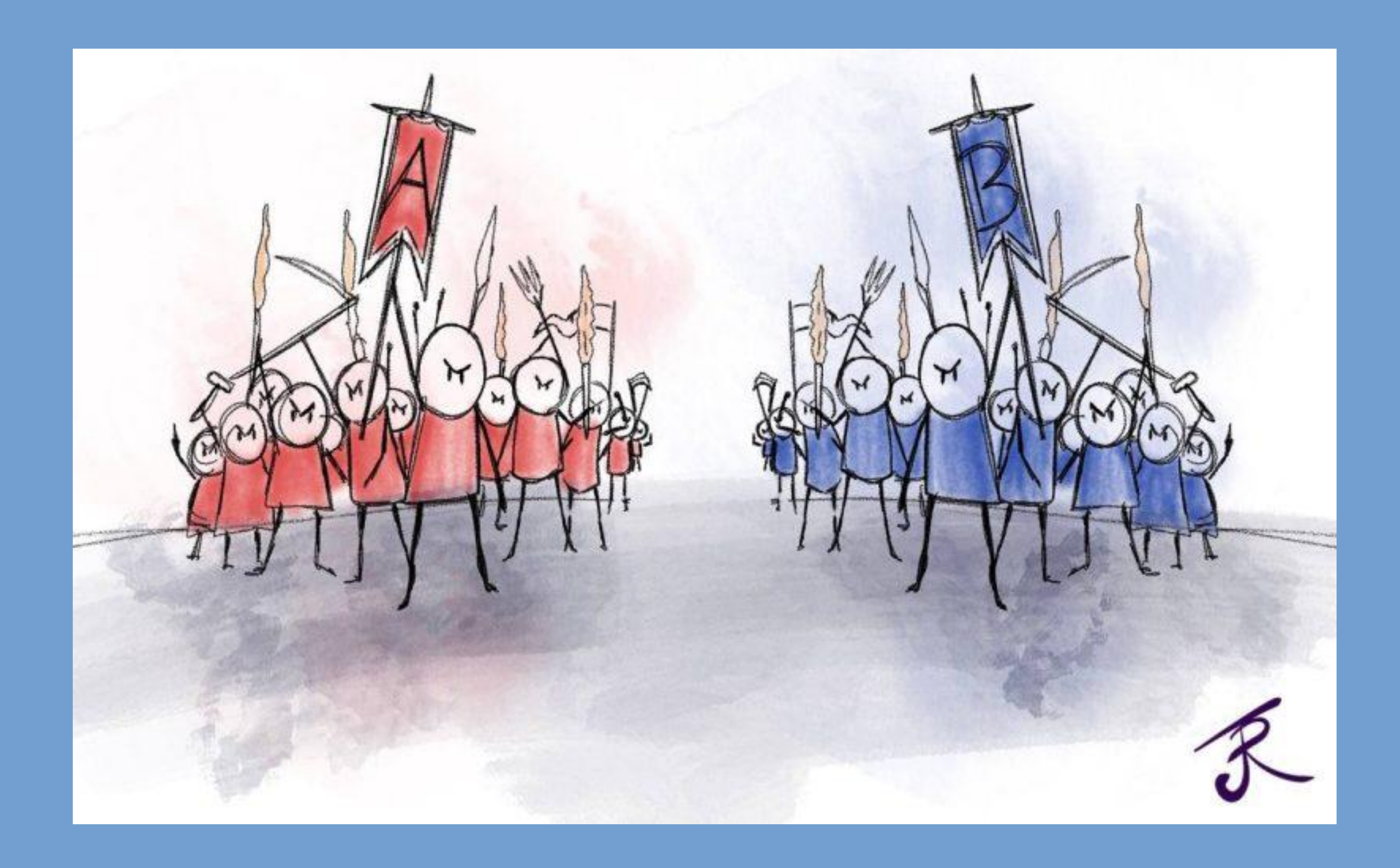
Algunos inquilinos del edificio A se peleaban en realidad del lado del casero B porque estaban seguros de que sus zapatos de oro eran más pequeños que los del casero A.

Algunos inquilinos del edificio B se peleaban con el casero A porque estaban seguros de que su sombrero de oro costaba menos que el del casero B.

En los días siguientes se publicaron incluso proclamas que probaban estas afirmaciones con diagramas y complicados argumentos.

Se burlaban de los del otro bando, cuyas creencias eran, por supuesto, absurdas.

Todo el mundo tenía una opinión decidida. Así que cuando alguien quemó nueve décimas partes de la reserva comunal de leña y casi no quedó leña comunal para calentar las estufas de los inquilinos, por supuesto ambos bandos sabían exactamente a quién culpar.



Y lucharon entre sí con mayor ferocidad porque ahora estaba en juego algo más.

En lugar de usar las palabras y los puños, usaron palos, garrotes y cuchillos, y empezaron a matarse unos a otros porque ahora tenían frío y miedo.

Mientras la sangre corría, los dos caseros codiciosos organizaron otro banquete de celebración, con un lugar en la cabecera de la mesa para el banquero.

A continuación, y con semblantes afligidos, triplicaron el precio de los alimentos y racionaron el combustible a los más meritorios, porque la trágica, inevitable y continua guerra por el Campo de Ortigas había acabado por romper la Cadena de Suministro sin remedio y alguien había quemado trágica e inevitablemente nueve décimas partes de la Reserva Comunal de Leña.

Y esta vez no hubo protestas, sólo los gritos de la batalla resonando hasta el infinito.



Fuente: *https://off-guardian.org/2022/10/31/the-tale-of-two-greedy-landlords/*

Traducido por Counterpropaganda

https://t.me/counterpropaganda20